

oblique (para ofendernos)
las aves que nos persigan
si le obedece el infierno?
Su muerte á tu vida importa,
á mi injuria, á tus deseos.
Muera Elías (dueño caro)
y abrirán después de él muerto
los tesoros á sus lluvias
las nubes, que obedecieron
los conjuros execrables
que nos las vuelven de acero.
¡Buscadle, vasallos míos!
Al que le hallare prometo
hacerle (á pesar de envidias)
el segundo de este reino,
Gozará nuestra privanza,
estribará en su gobierno
la guerra y la paz; su nombre
quedará en bronce eterno.
¡Si la lealtad no os anima
ánimeos siquiera el premio!
Más oculto que él, el oro,
la plata, el cobre y el hierro
vive en las minas profundas
y no se libra por eso
de la avaricia del hombre
aunque le escondan sus cerros.
La verdad vence al engaño,
la virtud, encantamientos.
Baal os dará favor:
id, que su ayuda os ofrezco.

ACAB. Tus palabras me dan vida;
la respiración me has vuelto;
en tu lengua Apolo asiste,
él te influye esos consejos.
¡Seguidlos, ejecutadlos!
Pero mirad que os advierto
que si volvéis sin Elías
seréis al mundo escarmiento,
¡Por vida de Jezabel
(que es sola el alma que tengo),
que en una cruz afrentosa
ha de hacer plato á los cuervos
(porque no salten los míos)
el que atrevido, indiscreto,
diere la vuelta á Samaria
sin Elías, vivo ó muerto!
Esto os notifico á todos;
si los castigos y premios
ponen alas, escoged:
ó coronas, ó destierros.

(Vanse los Reyes.)

ESCENA V

JOSEPHO y JEHU.

JOSEPHO. ¡Qué crueldad!
JEHU. ¡Qué tiranía!
JOSEPHO. ¿Qué habemos de hacer?
JEHU. Perdernos
ó buscarle. ¡Adiós Samarial
JOSEPHO. Imposibles pretendemos. (Vanse.)

ESCENA VI

ELÍAS.

Tres años ha que escondido
en aquestas soledades,
porque defiende verdades
de todos soy perseguido.
Vos, mi Dios, habéis querido
que asperezas del Carmelo
(porque celo
el culto de vuestra Ley)
me amparen de un torpe Rey
y de una mujer lasciva,
porque viva
cual bruto, en esta montaña.
¡Cosa extraña
que triunfe el vicio que engaña,
que ande huyendo el que os es fiel,
que reinen idolatrías,
que el mundo aborrezca á Elías
y que adore á Jezabel!
De este arroyo (que al Jordán
tributa y Carit se llama)
los cristales que derrama
mi llanto imitando van.
Secos los demás están;
que cual mercader quebrado
se ha alzado,
el cielo (todo rigores)
sin pagar acreedores,
con inmensos
tesoros de agua, que en censos
cobraban, correspondientes
los vivientes,
montes, prados, lagos, fuentes.
Pero ya en arenas secas
ni flores ni frutos nacen,
porque los pecados hacen
fallidas las hipotecas.
¡Perezcan (mi Dios) protervos!
¡Acábase la impiedad!
¡La sangre (Señor) vengad
que derraman vuestros siervos!
*(Bajan volando los dos cuervos y traen
en los picos lo que quitaron de la mesa del
Rey.)*
¿Pero qué es esto? Los cuervos
de quien mi defensa fia
la fe mía,
á traerme de comer
vienen; hora debe ser.
¡Ay, Señor, de inmensos nombres!
si los hombres
porque á Jezabel obliguen
me persiguen,
los brutos voraces siguen
piedad que en ellos no vemos.
¡Qué bárbaros desvarios!
¡Venid, maestras alas míos
que todos tres comeremos! (Vase.)

ESCENA VII

Sale RAQUEL, sola.

Busco alivio á mis desvelos,
casa de placer, en vos,

y enfermos de un mal los dos,
entrambos lloremos celos.
Las fuentes, los arroyuelos,
las plantas, las verdes flores,
los alegres ruiseñores,
naranjos, vides y yedras,
si en amar fundan sus medras,
con celos tienen temor:
¡todo es celos, todo amor,
pájaros, flores y piedras!
Si en los arroyos y fuentes
reparo, el temor me avisa
que hay celos entre su risa,
pues murmuran entre dientes.
Celos las flores presentes
lloran, que las acompañan,
pues el vidrio en que se bañan,
las avisa (aunque lo ignoran)
que si de sí se enamoran
de sí celosas se engañan.
Estas vides todas lazos,
de estas yedras Briareos,
¿por qué trepan los deseos
ciñendo el muro á pedazos?
¿por qué con verdes abrazos
crecen entre ajenas medras,
sino porque hasta las yedras,
ejemplos del firme amor,
tienen, celosas, temor
que se les vayan las piedras?
¿Por qué con música y vuelos
los ramilletes del aire
compiten con el donaire,
sino porque tienen celos?
No afectan sino desvelos,
no rondan sino temores,
no cantan sino favores,
no piden sino asistencias,
porque donde hay competencias
celos avivan amores.
Más causa tienen mis males,
mis llantos más pena admiten,
que, en fin, ellos, si compiten
es entre apuestos iguales:
mas yo que con celos Reales
lloró agravios evidentes,
bien podré, por más ardientes,
juzgar mis celos, mayores
que los que abrasan las flores,
las plantas, aves y fuentes.

ESCENA VIII

Sale NABOT.—DICHA.

NABOT. De extraños bienes nos priva
la tirana Jezabel.
RAQUEL. No es tirana, no es cruel,
la que, tierna y compasiva,
con vos, de suerte se ablanda
que, á su presencia os admite,
estar junto á sí os permite,
cubrir la cabeza os manda.
Ya sois Grande de su Estado,
ya con Acab competís,
ya á su amor os preferís,
ya os soñaréis colocado,

ya, usurpador de su silla,
quitarle el Reino querréis,
y Raquel, pretenderéis,
que, hincándola la rodilla,
la mano os llegue á besar.
Blasonad lealtad y ley;
decidnos que á Dios y el Rey
debemos reverenciar:
que estas dos cosas cumplís
ofendiendo al Rey y á Dios.
NABOT. Cara prenda ¿estáis en vos?
¿Yo á Dios y al Rey? ¿Qué decís?
RAQUEL. ¿No besastes una mano,
no vasallo, amante sí,
que yo, fiscal vuestro, vi,
siendo á nuestro Rey tirano?
NABOT. ¿Tenéis celos? No me espanto
si la sospecha os cegó.
¿Yo á la Reina amor?
RAQUEL. ¿Vos? No,
¡que sois leal, sois un santo!
Lograd su amor descompuesto,
ofended mi casta ley,
que yo daré cuenta al Rey
de lo que he visto.

(Vase Raquel.)

ESCENA IX

Sale ACAB.—DICHO.

ACAB. ¿Qué es esto?
NABOT. Señor, ¿Vuestra Majestad
en esta su casa y quinta?
No en balde se esmalta y pinta
hoy de nueva amenidad.
ACAB. Parece que vuestra esposa
quejas contra vos formaba.
¿Qué tiene? ¿Por qué lloraba?
NABOT. Quiere bien y está celosa.
Ha dado en encarecer
lo que aun ignora la fama.
ACAB. Deleitan celos de dama
y enfadan los de mujer.
Oid á lo que he venido
que procuro ocasionaros
á servirme, para honraros.
NABOT. Basta haberlo pretendido
para que yo, gran señor,
eternamente obligado,
ya esclavo, si antes criado,
engrandezca este favor.
ACAB. Esta viña, que así llama
vuestra quinta, Jezabel,
en cuyo ameno vergel
Abril su copia derrama,
como de mi casa está
tan cerca (que esta muralla
solo se atreve á apartalla),
me parece que será
más bella, si estorbos quito,
y dilatando su espacio
con el Parque de Palacio
ilustrarla solicito.
Haré, si las incorporo,
un huerto fresco, un pensil
que eternamente el Abril

al de las manzanas de oro
el nuestro fértil, prefiera;
si á servirme, os animáis,
con ella, si me la dais,
gozaréis otra más bella
que vuestro caudal aumente,
y aunque más distante esté
frutos copiosos os dé,
y al doble que aquesta rente.
Pero, si os está mejor
venderla, que no trocarla,
yo gustaré de comprarla.
Señaladme su valor
y convertiréola en plata.
No como Rey os la pido;
cual mercader he venido
que en posesiones contrata,
puesto que obligado quedo
siempre á acordarme de vos.

NABOT. No permita (Señor) Dios
que el patrimonio que heredo,
y es solar de la limpieza
que mis padres me dejaron,
cuando en ella vincularon
memorias á su nobleza,
se la quite yo á sus nietos.
Gran señor, no ignoráis vos,
que en su Levítico, Dios,
manda, por justos respetos,
que no se puedan vender
posesiones que en herencia
toquen á la descendencia
del primogénito; ver
puede Vuestra Majestad
en el vigésimo quinto
capítulo si es distinto
mi intento, de esta verdad.
Y aunque en esta ley dispense
el mismo legislador
con el pobre, y yo (señor)
venderla y serviros piense,
dándome el cielo riqueza
con que mi sangre acredite,
si esta venta se permite
solamente á la pobreza,
¿de qué suerte queréis vos
que vaya contra mi ley?

ACAB. Yo, Nabot, soy vuestro Rey,
y no adoro á vuestro Dios.

NABOT. Yo, sí señor, yo le adoro;
yo me precio de cumplir
sus preceptos, y morir
por ellos, aunque un tesoro
me diérades, no apetezco
ir jamás contra su ley.
Perdonadme, que á mi Rey,
por mi Dios, desobedezco.
Mandadme lo que sea justo
y veréis si soy leal.

ACAB. Podrá ser que os esté mal
no haberme dado este gusto. (Vase.)

ESCENA X

NABOT, solo.

NABOT. Cumpla con el vuestro yo,
¡Dios mío! que es lo que importa.

Toda vida humana es corta,
porque á censo se nos dió;
si me mandare pagar
el severo Rey con ella,
¿qué importa por vos perdella,
si al fin es censo al quitar?
Los celos apacigüemos
de mi engañada Raquel;
locuras de Jezabel
ocasionan sus extremos.
Temo á una Reina viciosa;
un Rey me causa desvelos,
mi esposa se abrasa en celos,
y, en fin, Rey, mujer y esposa,
mi sosiego traen sin calma,
¿qué haré, si vienen á ser
mi esposa, el Rey, su mujer
tres enemigos del alma? (Vase.)

ESCENA XI

Salen LISARINA y CORIOLÍN, pastores.

LISARINA. ¿Qué, me niegas en efeto,
dónde has estado hasta agora?

CORIOLÍN. Serrana pescudadora
un burro cuesta un secreto.
Pues ell otro me heis comido
no quiero que me comáis
el que me dieron, ya estáis
emburrada, y ya os olvido.

LISARINA. Luego ¿no me queréis bien?

CORIOLÍN. Como á la peste. ¿Yo á vos?
¿Hambre y amor? Ved que dos
para que se avengan bien.

LISARINA. Dime tú que por Birena
estás perdido.

CORIOLÍN. Es verdá
¿tendréis celorrios?

LISARINA. Verá,
no me dan los celos pena.
Pero que me dejes siento
por una...

CORIOLÍN. Quedo.

LISARINA. Que tien
la cara...

CORIOLÍN. Tratadla bien.

LISARINA. Con cien burujones.

CORIOLÍN. ¿Ciento?
¿Pues qué hacen los burujones
para ell amor?

LISARINA. ¿Eso dices?
Mujer de chatas narices,
hecha la cara á empujones,
altibajos y repechos,
los carrillos de pelota...

CORIOLÍN. Es su cara bergamota,
mala cara y buenos hechos.
Quitame el ser chata, enojos,
viéndola, cuando se para,
de un golpe toda la cara,
sin que tropiecen los ojos.

LISARINA. Tú tienes gentil despacho.

CORIOLÍN. Cara chata es de hembra sola,
pues faltándola la cola
no la pueden llamar macho;
por eso la quiero más,

pues, aunque os cause celera,
tien de una misma manera
la de delante y detrás.
Más sana que á vos, la hizo
chata, el cielo.

LISARINA. ¿Qué me dices?

CORIOLÍN. La verdá, pues sin narices
se ahorra de un romadizo;
y si mos casare Dios
hasta ver un abolengo,
no importa eso, que yo tengo
narices para los dos.
¿Estáis contenta?

LISARINA. ¡Para éstal!

CORIOLÍN. ¿Jurásmela? Pues bonito
soy yo; no se me da un pito
de vos.

ESCENA XII

Salen DOS SOLDADOS.—DICHOS.

SOLD. 1.º Hacia aquella cuesta
cuya cumbre besa el cielo
dos pastores me afirmaron
que los cuervos se asentaron;
de donde abatiendo el vuelo,
ignorán hacia qué parte
guiaban.

SOLD. 2.º Será á sus nidos,
¿Cómo fueron conocidos
sino intentan engañarte?

SOLD. 1.º Viéronlos llevar el pavo
y el pan.

SOLD. 2.º Si dan esas señas
no hay duda, que entre estas peñas
está Elías.

SOLD. 1.º ¡Oh! ¡Si al cabo
de tres años que tras él
andamos, le hallare yo!

SOLD. 2.º ¿Qué ¿los cuervos hechizó?
Bien le llama Jezabel
embustero, encantador.

SOLD. 1.º Estos sabrán donde asiste.

SOLD. 2.º Si le hallas dichoso fuiste.

SOLD. 1.º Préndeme aqueuse pastor.

CORIOLÍN. ¿A mí prenderme? ¡Arre allá!
¿Ya yo mi rucio no he dado?

LISARINA. Préndanle que es un taimado.

SOLD. 1.º ¿Adónde el profeta está
que en este desierto habita?

CORIOLÍN. ¿Quién, señor?

SOLD. 1.º Aquel Profeta
del Carmelo.

CORIOLÍN. ¿Ser poeta
es pecado? Hay enfenita
caterva de ellos doquiera;
entre púbricos y ocultos,
cómicos, críticos, cultos;
hay chusma villanciguera
y otras enfenitas setas
que eslabonan desatinos:
entre catorce vecinos
los quince hallará poetas.

SOLD. 2.º No te preguntamos eso.

CORIOLÍN. ¿Pues qué pescudan?

SOLD. 2.º A Elías
buscamós los dos.

CORIOLÍN. ¿A Herbías?
¿Y le cheren llevar preso?
Pobre de él.

SOLD. 1.º Tú le conoces,
pues que te lastímas de él;
premiárate Jezabel,
diérate hacienda que goces,
si á donde asiste nos guías.

LISARINA. Señores, él le escondió.

CORIOLÍN. Un sastre conocí yo
que tuvo por nombre Herbías,
y al tiempo dell espirar
le llevaren para lastre,
como all ánima del sastre
suelen los diablos llevar.

SOLD. 1.º No disimules villano
si quieres vivir.

CORIOLÍN. Acabe.

LISARINA. Sacúdanle que él lo sabe.
(A él aparte.) Vengaréme por su mano.

CORIOLÍN. ¿Es por la chata?

LISARINA. Traidor,
tú lo sabes, no hay que habrar.

CORIOLÍN. Acabe de declarar
que es lo que busca, señor,
que tengo mucho que her.

SOLD. 1.º Al Profeta del Carmelo.

CORIOLÍN. ¿Poeta de caramelo?
¿Qué dulce debe de ser!
¿Por qué le cheren tan mal?
Si es de miel no le castigue.

SOLD. 2.º Porque al dios Baal persigue.

CORIOLÍN. ¿Que persigue al dios varal?
Terrible pecado ha hecho.

SOLD. 2.º Dinos dónde se escondió.

CORIOLÍN. En la vida he vido yo
dios varal; será derecho.
Mas si hemos de habrar de veras,
ni yo conozco ese Herbías,
ni por aquí en muchos días
he vido, si no son fieras,
que á saberlo les prometo
que me holgara de ser rico.

LISARINA. Miente, señor, que un borrico
le dieron por un secreto;
y el secreto debe ser
que al que ellos buscan esconda.

CORIOLÍN. ¿Pescudallo ellos no bonda?
¿Do le había de esconder?

SOLD. 1.º Traedle que, por su mal,
el decírnoslo dilata.

LISARINA. Viuda ha de quedar la chata.

CORIOLÍN. Casáos vos con el varal. (Vanse.)

ESCENA XIII

Salen JEZABEL y JEHU.

JEZABEL. Cuéntame lo que ha pasado.

JEHU. Después que tres años, seca,
se quejaba, por las bocas,
la tierra, á Dios de sus grietas,
buscando todos á Elías
(como mandó Vuestra Alteza)
vino Abdías á encontrarle,

y mil misterios le cuenta,
diciendo que resucita
al infante de Sarepta,
y en el hambre de su madre
seis meses y más le aumenta
el aceite con la harina;
y que después en la sierra
del Carmelo, le alimentan
los cuervos (serán quimeras)
maestresalas, los manjares
que, hurtándolos de tu mesa,
le ministran; ¿qué no hará
una vejez hechicera?
Presentóse al Rey, en fin;
y, con osada soberbia,
dice ser aquél, castigo,
porque al Dios de Moisés deja;
pero que si al fin pretende
que fertilice la tierra
el agua, hasta aquí negada,
junte todos los Profetas
de Baal, que si impetrasen
de su dios que el cielo llueva,
él, como falso y perjuro,
quiere perder la cabeza;
pero que si no los oye
y á Elías su Dios alegre
con el agua deseada,
los otros la vida pierdan.
Trescientos y más se juntan
que la imagen reverencian
del Dios de Sidón que adoran
y una infinidad inmensa
de todo el reino y provincias,
y Elías, con voz severa,
sobre la cumbre de un monte,
les dice, de esta manera:
«Pueblo de Israel, ingrato
á Dios y á tu ley suprema,
¿de qué sirve que mudables
sigáis doctrinas opuestas,
para que andéis claudicando
en dos partes, ya en las ciegas
imágenes del demonio,
ya en nuestra ley verdadera?
No malogréis vuestro culto:
si el Señor, que está en mi lengua
es Dios, seguidle constantes,
si Baal, dadle obediencia.
Yo he quedado solamente
con vida entré los Profetas
que al Dios eterno servían;
ochocientos y cincuenta
son los que al falso Baal
y á los dioses de las selvas
sirven, y da de comer
la impiedad de vuestra reina;
yo solo, pues, y ellos tantos
hagamos todos la prueba
de cual Dios, el mío ó el suyo,
es digno de reverencia.
Demos á todos dos bueyes
y escojan los que blasfeman
de mí, de los dos el uno,
dividanle luego en piezas;
pónganle sobre un altar,
carguen sus aras de leña

pero no la apliquen lumbre,
que yo de la suerte misma
pondré el otro, hecho pedazos,
sobre otro altar, sin que tenga
fuego para el sacrificio,
hasta que del cielo venga.
Invoquen ellos sus dioses,
yo invocaré al que me alienta
y aquel que piadoso oyere
lo que sus siervos le ruegan
y el holocausto abrasare
bajando desde su esfera
llamas que el altar consuman,
ese, Dios llamarse pueda.»
Proposición admirable
gritan todos; así sea:
el reino lo quiere así
quien no lo cumpliera, muera.
Los de Baal levantaron
un altar, y en él aprestan
la leña y el sacrificio;
voces dan al cielo, tiernas,
y para que más le obliguen
rompen (señora) sus venas;
pero, en vano, por que sordo
Baal su favor les niega.
Vencidos, levanta, Elías
(de las aras que por tierra
echaste, por ser del Dios
que Jerusalén respeta),
otro nuevo que edifica
con no más que doce piedras,
(en fe de las Tribus doce)
y alrededor dejó abierta
una zanja, como cava;
pone el buey, pone la leña
y doce cántaros de agua,
hace que sobre él se viertan;
luego, en el suelo postrado,
la vista en el sol atenta,
presente el Rey y sus Tribus
dijo á Dios de esta manera:
¡Dios de Abraham, Dios de Isaac,
Dios de Jacob, haz hoy muestras
que eres el Dios de Israel,
y yo, siervo tuyo, sepan
que he cumplido tus mandatos!
¡Oyeme, piedad inmensal
¡Oyeme, Dios poderoso,
porque Israel se convierta
y diga que tú, Señor,
eres sólo Dios, y vuelva
(los ídolos despreciando)
reducido á tu obediencia!
Con lágrimas venerables
esto dijo, cuando apenas
diluvios de fuego bajan
que el sacrificio, la leña,
y hasta las piedras consumen
quedando la zanja seca
de la agua que, derramada,
dió á tal prodigio materia.
¡Vive el Dios de Elías! (pronuncian
todos) ¡Los blasfemos mueran
con Baal, su engañador,
y quien por dios le confiesal
Degolló, por mano suya,

Elías, á tus profetas
sobre el arroyo que llaman
del Cedrón, y luego llega
al Rey, y que se recoja
le avisa, porque ya empiezan
inundaciones de nubes
á hacer con los campos treguas.
Llovió tanto, que no pudo
hacer que no le cogiera
Acab el agua en el campo.
Mojado, señora, llega
á descansar en tu vista.

(De dentro con música.)

UNOS. ¡Viva Elías, que remedia
la esterilidad pasada!

TODOS. ¡Viva, pues él nos sustenta!

JEZABEL. Vivirá si yo no vivo.
Por las deidades excelsas
que adoro (á pesar del Dios
de ese rústico profeta)
que he de lavarme las manos
en las corrientes sangrientas
del que mis dioses injuria
y sus ministros desprecia.
¡Yo le beberé la sangre!
¡Yo pisaré su cabeza!
¡Loca estoy! No viva un hora
quien reinando no se venga.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sale ELÍAS con báculo, cansado.

La vital respiración
me falta, rendido vengo,
por que tengo
celo á vuestra adoración.
¿Es razón
que rigores,
de blasfemos pecadores
perseguido,
me den penas, por regalos,
triunfando siempre los malos
y siempre el justo afligido?
¿Cómo, omnipotente Dios,
permite vuestro poder,
que una mujer
ose competir con vos?
De los dos,
vos suprema
Majestad, ella blasfema;
su malicia
persiguiendo á la inocencia,
¿y basta vuestra clemencia
á templar vuestra justicia?
Otra vez en el desierto,
peregrinando horizontes,
por sus montes
muerto vivo y peno muerto.
¡Ayl! ¡qué incierto
es el descanso

del mundo, céfiro manso,
pues me asombra
de una mujer el furor!
Recread vos mi temor
y deme este enebro sombra.
(Siéntase al pie de un enebro.)

¿Vuestra providencia suma
querrá, acaso, el plato hacerme
con volverme
maestresalas de pluma?
No presuma
mi hambrienta necesidad;
á la crueldad
de Jezabel,
dar hoy venganza cruel;
pues profeta
soy vuestro. Sepan protervos
que aquí me alimentan cuervos
y allá una viuda Sarepta.
Mas, permitidme que os pida
mercedes de más recreo:
yo deseo
salir ya de aquesta vida,
perseguida
me aflige; no soy mejor,
gran Señor,
que mis pasados;
si en las canas y cuidados
los imito,
desear morir con ellos
por gozarlos y por vellos,
no será, mi Dios, delito.
El cansancio y la tristeza
padrinos del sueño son;
mi aflicción
quiere aliviar mi flaqueza;
la cabeza
en este tronco reclino.
Al fin vino
si no propia,
la muerte en retrato copia.
¡Bien llegada!
pues al fin, en sus empeños
gozaré la muerte en sueños
que es lo mismo que pintada.
(Recuéstase y duerme. Baja un ángel y
déjale á la cabecera un vaso de agua y
una tortilla de pan, y vuela.)

ESCENA II

ELÍAS y un ANGEL.

ANGEL. Despierta y come.
ELÍAS. ¿Qué es esto?
¿Quimeras mi sueño fragua?
Pero, un pan y un vaso de agua
á mi cabecera han puesto.
Reciente está, entre cenizas,
parece que se coció;
el cielo le sazónó (Come.)
pues sabroso le suaviza.
Comeré una parte de él
y guardaré lo demás;
no gusté cosa jamás
como esta. Amarga es la miel
con su sabor comparada. (Bebe.)

El agua es néctar divino;
dichoso fué mi camino,
venturosa mi jornada:
restituyóme el aliento.
Otra vez me ha provocado
el sueño. Dormid, cuidado,
pues nos da el cielo el sustento.
(*Duérmese y dentro dice el ángel.*)

ANGEL. Despierta y come, que tienes
mucho camino que andar.

ELÍAS. Bien puedo; con tal manjar
ya mis males juzgo bienes.
(*Despiértase come y bebe.*)

Vuelvo á comer, su apetito
de nuevo me fortalece;
vuelvo á beber, ya parece,
desmayos, que resucito.
Recobráos, pues, fuerzas más,
que en virtud de este manjar
bien podremos caminar
cuarenta noches y días.
Al monte Oreb, siento yo
Señor, que me encamináis.
Moisés cuando ley te dais,
cara á cara en él os vió.
Sinai y Oreb, todo es uno.
¡El ánimo al temor vengal!
Caminemos, que hoy comienza,
como el de Moisés, mi ayuno. (*Vase.*)

ESCENA III

Salen ACAB y JEZABEL.

ACAB.

Déjame, esposa, fenecer la vida,
pues, siendo Rey, cumplir no puedo un gusto:
un menosprecio ha sido mi homicida,
un sentimiento mata al más robusto.
Que yo á Nabot visite; que le pida
una misera viña, y por ser justo
no se la quite y que Nabot se atreva
negársela á su Rey, injuria es nueva.
No es Rey, ni este blasón gozar merece
quien halla resistencia en su apetito.
¿Quién duda que Israel no me obedece,
pues cuando de un vasallo necesito,
rebelde mi deseos desvanece?
De lesa Majestad fué su delito;
no la corona ya mis sienas ciña,
pues aun no tengo imperio en una viña.
Reine Nabot, pues ya se me rebela;
quite la vida á Acab, pues me desama;
que pues ninguno mis agravios cela,
más estiman su gusto que mi fama.
No quiero más vivir; nadie se duela
de ver que en vez de solio en una cama,
sin comer, mis congojas multiplique,
y á sola una pared las comuniqué.

JEZABEL.

Por cierto que tus penas ocasionas
por pérdidas notables: razón tienes.
Injurias grandes son las que pregonas,
todo el mundo te priva de tus bienes.
¡Oh! qué bien que triunfaras de coronas
enemigas, honrándose en tus sienas,

si, aun no como mujer, como una niña
lloras por el juguete de una viña.
No por eso te mueras; yo me atrevo
á que cumplas en breve con tu antojo.
Come y sosiega, que antes de que Febo
peine la Aurora su cabello rojo,
en ti, tendrá la viña, señor nuevo.
Nabot castigo, fin, en fin, tu enojo.
Entrégame el anillo con que sellas
y fía de mi industria tus querellas. (*Dásele.*)

ACAB.

No su heredad me altera, su desprecio.
¡Que un hombre...

JEZABEL.

Basta, basta, no prosigas.
Vete y déjame hacer.

ACAB.

Púsela en precio...

JEZABEL.

Vete ya y otra cosa no me digas.

ACAB.

Más valor que yo tienes. (*Vase el Rey.*)

JEZABEL.

Nabot necio:
si mi amor desdeñoso desobligas,
y hoy no otorgas tu dicha á mis deseos,
satisfarán venganzas tus empleos.

ESCENA IV

Sale NABOT.—DICHA.

NABOT. Criselía me ha dado aviso,
que Vuestra Alteza me llama.

JEZABEL. Nabot, si es fuego esa llama
deciros mis llamas quiso.

NABOT. No entiendo eso, gran señora.

JEZABEL. Siempre fué el encogimiento
mendigo de entendimiento.

Quien las palabras ignora,
mal, Nabot, podrá entender
el lenguaje de los ojos,
donde sus gustos ó enojos,
á quien los sabe leer
escribe el alma.

NABOT. Remota
esa ciencia está de mí.

JEZABEL. Créolo; que ya yo os vi
en cosas de amar, idiota.

Pero, quiéroos yo enseñar
á que enigmas acertéis,
para que sabio quedéis,
si bien os ha de costar
mucho, el errar la lección.

NABOT. Explíquese Vuestra Alteza.

JEZABEL. A no ser la rustiqueza
vuestra, tanta, en ocasión
os puse yo, cuando os vi,
y vuestra dicha expliqué,
que os obligara.

NABOT. No sé,
señora.

JEZABEL. Esperadme aquí;
que si la presencia Real
os tiene, ó necio ó turbado,
medio la industria me ha dado
que os ha de estar bien ó mal. (*Vase.*)

ESCENA V

NABOT, solo.

¿Qué es esto, fortuna mía?
¿Qué pretende esta mujer?
¿Pero, qué ha de pretender
quien es toda tiranía?
Quien á Dios tiene osadía
de oponerse; quien reprueba
la ley que á los cielos lleva
y vive, esperanza en Vos,
atreviéndose á su Dios,
¿qué mucho que al Rey se atreva?
Pues fulmine contra mí
tempestades Jezabel;
que, á Dios, al Rey y á Raquel
fidelidad prometí.
Ser traidor, no; morir sí;
pues cuando á furor se incite
y la cabeza me quite,
si nombre á matronas da
castas, la fama en mí habrá
un hombre que las imite.

ESCENA VI

Sale CRISELIA.

La Reina, Nabot, os manda,
primero que os ausentéis
de esta sala, que estudiéis,
pues el favor no os ablanda,
vuestra dicha, ó vuestro daño,
aunque es nueva la doctrina.
Corred aquesa cortina
y dad lugar á su engaño. (*Vase.*)

ESCENA VII

NABOT; JEZABEL, dentro.

NABOT. ¡Jeroglíficos confusos,
ya os descifra mi temor!
¡Enigmas torpes de amor
no admito vuestros abusos!
Dicha ó daño me ofrecéis:
si la dicha ha de costarme
tan cara, que despeñarme
porque la elija queréis,
(puesto que en mi mal reparo)
si acabada de alcanzar
me pesa, no he de comprar,
cielos, el pesar tan caro.
Dicha que por mano vienes
de Jezabel, toda engaños,
no te admito; ¡Honrosos daños,
vuestros males traen mis bienes!
Daño que al cielo encamina
no es bien que daño se llame;

dicha que ha de hacerme infame
no honor. Corro la cortina.

(*Corro una cortina, y sobre un bufete es-*
tarán tres fuentes de plata, y en ellas lo
que aquí se va diciendo.)

Tres fuentes sobre una mesa
(en lo que ofrecen contrarias)
muestran con insignias varias
lo que cada cual profesa.

En esta está una corona
y envuelto en ella un cordel,
plato, en fin, de Jezabel,
que dignidades pregonas,
porque en patibulos paren.
Un rótulo dice así:

(*Lee.*) «La corona es para ti
como miedos se reparan.»—
Libre está de estos combates
mi honor, hasta aquí felice.
Este sobre el cordel dice:

(*Lee.*) «Para que á tu Raquel mates.»
¡Ay cielos! ¡Ay prenda mía!
si vive mi alma en los dos,
dándoos yo la muerte á vos,
verdugo de mi sería.

Sobre la fuente segunda
una espada y una toca
á confusión me provoca.
¿En qué este enigma se funda?
Dice el mote de esta suerte,
que está en la espada á esta parte.

(*Lee.*) «Hierro, para castigarte,
y toca, para quererte.»

Fácil se deja entender;
pues muestra desenfadada
que es Reina, y que tiene espada;
y en la toca, que es mujer;
que si me arrojo á querella
me satisfará amorosa;

pero fiera y rigurosa
si mi desden la atropella.

¿Hay tal desalumbamiento?

¿La torpeza, qué no hará?

Lleno el tercer plato está
de piedras, y de sangriento
licor. La letra me admira
y me causa confusión.

(*Lee.*) «No son piedras: rayos son:
mi desprecio te las tira.»

¡Ay cielos! A qué banquete

Jezabel me ha convidado:

que moriré apedreado,

si no la amo, me promete.

¡Piedras: en vuestra firmeza

quiere aprender mi constancia!

¡Fulminelas la arrogancia

del poder y la torpeza!

Por mi ley y mi Rey, pierda

la vida Nabot, que es fiel;

que pues tira Jezabel

piedras á Dios, no está cuerda.

Espada de su malicia,

dad al juez Supremo cuenta,

pues, lasciva y torpe, afrenta

la espada de la justicia.

Corona; si en su cabello

serviste de insignia Real,

bajáos y seréis dogal
con que suspendáis su cuello.
Cordel, servid de escarmiento
á los idólatras vos,
mientras que á mi Rey y á Dios
confieso, al darme tormento;
que, á la muerte me apercibo,
no á su llama deshonesta;
y para dar la respuesta
la vil corona derribo.

(Derribala y la pisa.)

Porque su interés desprecio
y como infame la piso.

JEZABEL. (Desde dentro.) Llorarás tu poco aviso:
apedreante por necio.

NABOT. Por necio no, por fiel sí.

No temo tus amenazas:
túmulo eterno me trazas:
este solo apetece.

Laureles, logro, leales,
que inmortalicen mis medras.

¡Labra, tirana, las piedras
y junta los materiales;

que, desdeñando tus vicios,
mientras la muerte me dan,

piedras preciosas serán
de inmortales edificios!

(Vase y cúbrese la mesa.)

ESCENA VIII

Salen dos CIUDADANOS viejos, leyendo el uno este papel.

(Lee.) «Los vasallos que sin averiguar secretos
de su Príncipe, guarden sus órdenes, merecen
que en su privanza se prefieran á los demás;
Nabot, israelita, vecino vuestro y poderoso en
vuestra república, me tiene criminalmente
ofendido, buscad pues dos testigos, que las
dádivas cohechen, y éstos afirmen que le oye-
ron blasfemar de su Dios y de su Rey; y, exa-
minados, publicad general ayuno (como en
Israel se acostumbra cuando se espera algún
castigo riguroso); llamad luego á Nabot á
vuestro tribunal y presentados los testigos,
sin admitirle descargos, le condenad por pú-
blico blasfemo, sacándole al campo, donde
muera, como la ley dispone, apedreado, apli-
cando sus bienes todos á nuestro fisco; que
ejecutada con toda disimulación esta senten-
cia, yo me daré por bien servido y vosotros
quedaréis premiados. De nuestro Palacio Real
de Jezrael.—Yo el Rey.»

CIUD. 1.º Esto el Rey, nuestro señor,
manda.

CIUD. 2.º ¿Quién creyera tal?

CIUD. 1.º No vive más el leal
de lo que quiere el traidor.

De vos, y de mí confía
la ejecución de este insulto.

CIUD. 2.º Para Dios no le hay oculto.

CIUD. 1.º Sacrilega tiranía.

CIUD. 2.º Nabot es en Jezrael
(aunque el más rico) el más santo.

CIUD. 1.º Y aún por saber que lo es tanto
le persigue Jezabel.

Pero ¿en qué os resolvéis, vos?

CIUD. 2.º Temó á Dios, más también temo
á un Rey tirano y blasfemo.

CIUD. 1.º En dando en temer á Dios,
será el Rey vuestro homicida,
mandando que muerte os den.

CIUD. 2.º ¡Ay Cielos!

CIUD. 1.º Nabot también
le teme y pierde la vida.

Dad en vuestros riesgos corte.

CIUD. 2.º ¿Y habrá, para estos sucesos
testigos falsos?

CIUD. 1.º ¿Pues esos
pueden faltar en la corte?

Dos pide el Rey, y otros dos
tengo, que lo son á prueba.

CIUD. 2.º Fuerza ha de ser que me atreva
primero que al Rey, á Dios.

Tirano uno, otro clemente...

CIUD. 1.º Busquemos otro testigo
que habiendo tres yo me obligo,
á hacer el caso evidente.

CIUD. 2.º ¡Con qué de temores luchó!

¡oh Rey implor! ¡oh vil mujer!

CIUD. 1.º O morir, ó obedecer
porque un, yo el Rey, puede mucho.

(Vanse.)

ESCENA IX

Sale RAQUEL, congojada. Dos CIUDADANOS, dentro.

RAQUEL. No sosiego, no reposo;
no hay descanso para mí.

¿Qué tengo? ¿Son celos? Si;
pero no; más riguroso

es mi mal. ¡Ay caro esposo!

¡Y qué caro

me has de costar, si reparo
en un sueño,

que de mis potencias dueño,
tragedias representaba,

cuando en sangre se bañaba
una serpiente,

que venenosa, inclemente,
en tus carnes se cebaba!

Mas quien á sueños da fe,
provoca á enojo á los cielos;

dormime llena de celos;
sierpes en ellos soñe:

Jezabel el áspid fué,
que lasciva,

mientras de lealtad te priva,
Circe nueva,

en tus entrañas se ceba,
pues tu posesión la diste;

pero mal acierto hiciste,
pensamiento;

que Nabot la ama contento;
y yo le vi muerto, ¡ay, trisel!

Sentar me quiero por ver
si sosiego de este modo. (Siéntase.)

¡Todo penas! ¡Ansias todo!

¡Todo llorar y temer!

Más es esto, que querer;
más pesar

es esto, que sospechar.
¡Ay, desvelos!

¡Ojalá, Nabot, sean celos!
Que á truco que no recibas
penas que han soñado vivas

mis quimeras,
yo sufriré que á otra quieras

en albricias de que vivas.

Menos quietud asentada
tengo.

(Levántase y pásase.)

¡Ay, quinta! Quiera Dios
que no me venga por vos

más mal que no ser amada.
Ya vuestra vista me enfada;

mas temores
tengo yo que tenéis flores.

Penas veo
seguirme, si me paseo;

penas, si me siento apenas
entre rosas y azucenas.

¿Qué he de hacer?
Infierno debo de ser,

pues no hay en mí sino penas.

(Dicen de dentro.)

CIUD. 1.º A Nabot han condenado
y le llevan á apedrear.

RAQUEL. ¿Qué escucho? ¡Ay, cielo! ¡Ay, pesar!

¡Ay, desdichas! ¡Ay, cuidado!

CIUD. 2.º Pues ¿por qué le han sentenciado?

CIUD. 1.º Por blasfemo.

RAQUEL. ¿Por qué vivo? ¿Por qué temo
el ir á morir con él?

CIUD. 2.º Justo y fiel
fué á Dios y al Rey.

CIUD. 1.º Y aun por eso.

RAQUEL. ¡Qué bien dijo: ya es exceso
ser leal!

¡Perderé con muerte igual
la vida, pues perdí el sesol!

(Vase.)

ESCENA X

A la ventana de una torre JEZABEL y ACAB.

JEZABEL. Goza ya la posesión,
Rey, que tanto has deseado.

Vuelve en tí, si desmayado
te tuvo su privación.

Ya murió Nabot; no impida
tu gusto esa pena ingrata.

¡Comprado la has bien barata,
pues sólo cuesta una vida!

ACAB. ¡Ay, esposa de mis ojos!

¿Es posible que murió
quien mi agravio ocasionó?

JEZABEL. Así vengues mis enojos
como yo los tuyos vengo.

Por blasfemo apedreado,
y en su sangre revolcado,

tu satisfacción prevengo.
Mira, bañadas las piedras,

desde aquí, en su sangre vil.
¡Qué pecho tan varonil!

ACAB. Te dió el cielo! Cuantas medras
me vienen, son, cara esposa,

por tu causa.

JEZABEL. Ve á tomar
posesión, á su pesar,
de su viña deleitosa.

Recréate en su vergel,
que cuando imposibles pidas,
ya sabe, á costa de vidas,
comprar vidas Jezabel.

(Vanse.)

ESCENA XI

Sale Raquel sueltos los cabellos y entutada,
y deteniéndola ABDÍAS y JOSEPHO.

RAQUEL. ¡Dejadme, idólatras torpes!
¡Soltadme, alevés vecinos

de la más impia ciudad
que á bárbaros dió edificios!

¡Sacrilegos envidiosos,
de un rey tirano ministros,

de una blasfema vasallos,
de una falsedad testigos,

de un Abel Caines fieros,
de un cordero lobos impíos,

de un justo perseguidores,
de un inocente enemigos!

¡Soltadme, ó haréos pedazos!

¡Ojos tengo basiliscos!

¡Vivora soy ponzoñosa,
¡Veneno son mis suspiros!

¡Soltadme ó abrasareos! (Suéltase.)

ABDÍAS. ¡Qué lástima!

JOSEPHO. Compasivo.

lloro suspenso.

ABDÍAS. Sosiega,
señora, que son indignos

de tu honor, esos extremos.

RAQUEL. ¿Qué honor? Si lo fuera el mío
¿no me lo hubiera quitado

ese Rey, torpe y lascivo,
esa Reina hambrienta de honras?

Con ellos no hay amor limpio.
¿Qué fama no han asolado?

¿Qué opinión no han destruído?
¿Qué castidad no profanan?

Honor aquí, ya es delito;
virtud aquí, ya es infamia;

vergüenza aquí, ya es castigo.

ABDÍAS. Si al pie del alcázar real
das en estos campos gritos,

provocarás á los Reyes,
pues es forzoso el oírlos.

RAQUEL. ¿Pues qué es lo que yo pretendo?

(A voces.) ¡Acab sangriento, vil hijo
de Amri, que á su Rey traidor

le forzó á abrasarle vivo!

¡Adúltera Jezabel;
que al demonio sacrificios

ofreces, para que en ellos
licencia des á tus vicios!

La esposa soy de Nabot
el que porque nunca quiso

consentir en tus torpezas
es de tu crueldad prodigio.

Mandad con él darme muerte;
acompañe un rigor mismo

dos almas, que en tiernos lazos
reciprocó un amor limpio.

¿Por qué (decid) le matastes,
cohechando falsos testigos?

Pues, cuando blasfemo fuera

(como afirman fementidos)
imitador de sus Reyes
mereciera, por seguimos,
la sacrilega privanza
de vuestros favorecidos.
¿Qué más blasfemias ¡tiranos!
que las que habéis los dos dicho
á Dios, y no os apedrean
siendo común el delito?
Diganlo tantos profetas
consagrados al martirio
por vosotros, cuya sangre
está dando al cielo gritos.
Digalo el gran Zelador
de nuestra ley, perseguido
de vuestra impiedad tirana
por sierras, montes y riscos.
Diganlo tantos altares
arruinados, destruidos
por vosotros, que erigieron
á Dios los padres antiguos.
¡Blasfemos! en fin, ¿reinando
vosotros y el dueño mio
muerto? ¿En vasallos y Reyes
serán acaso distintos
los insultos generales,
siendo, en substancia, los mismos?
¿Por que si afectáis rigores
no os ofende lo que os digo?
¿Por que no hacéis apedrearme?
¿Cántos hay en este sitio
que en la sangre de mi esposo
se han bañado. Si os irrita,
mandad que mezcien con ella
la que á Nabot sacrifico.
Bánense unas mismas piedras
en la esposa y el marido.
¡Serán tálamo de sangre
las que su túmulo han sidol
Pero ¿para qué doy voces
pues tan crueles os miro
que, por más atormentarme
negáis la muerte que os pido?
¡Ansias! ¡mostradme el teatro
de mis tragedias!

ABDIAS. Dos ríos
son, de lágrimas, mis ojos.

JOSEPHO. En sentimientos la ímito.
*Descúbrese tendido en el suelo NABOT,
muerto, en camisa y calzones de lienzo;
él y el vestido manchado de sangre, en-
tre un montón de piedras, también ensan-
grentadas.*

RAQUEL. ¡Ay dueño de mi esperanza;
regalo de mis sentidos;
consuelo de mis congojas;
de mis tormentos aliviol
Celosa lloraba yo
engaños y desatinos.
¡Qué caras satisfacciones
á costa de emtrambos, mirol
¡Mi Abel, mi justo, mi santol
¡Pisad climas más benignos,
pues, colocado entre estrellas,
mártir os honra el Olimpol
Altar de piedra, estas piedras,
rubies y granates finos,
al simulacro del cuerpo

holocaustos os dedico.
Más valen que los diamantes
crisolitos y jacintos;
diadema os labran, mejores
que esmeraldas y zafiros.
Por reliquias, las venero;
por sagradas, las estimo;
las beso, por sangre vuestra, *(Bésalas.)*
por mis joyas las recibo.
¡Plegue á Dios, tigres de Hircania,
Acab, del cielo maldito;
idólatra Jezabel,
oprobio en Samaria y Tiro,
que no quede de vosotros
memoria al futuro siglo,
vasallo que no os desprecie,
rigor que no os de castigo!
¡Quiteos la vida y el reino
el más confidente amigo,
destruyendo en vuestra sangre
desde el décrepito al niño!
¡Si el Rey marchare á la guerra,
flecha de acero prolijo
le atravesie las entrañas
de tanta blasfemia asilo!
¡Si Jezabel enviudare
despedácela á sus hijos,
sin permitirle llorarlos,
quien blasonaba servirlos!
¡Ese alcázar, desde donde
morir mi inocente ha visto,
cuando más entronizada,
la sirva de precipicio!
¡Desde el más alto homenaje
mida el aire, hasta este sitio;
y antes que le ocupe, muera,
oprobio á grandes y á chicos!
¡Lebreles la despedacen,
arrastrándola los mismos,
cuarto á cuarto, por los campos,
miembro á miembro, por los riscos!
¡No dejen reliquias de ella
de carne, hueso, ó vestidos,
sino la cabeza sola
para acuerdo de delitos!
¡Cielos pios!
¡Justicia en tanto mal, justicia pidol
¡Vengad, piadosos cielos,
mi esposo, mis agravios y los vues-
[tros!

ABDIAS. Enjugad, señora, el llanto;
que si es la venganza alivio
con que descansan ofensas,
por mandato de Dios vino
el Profeta del Carmelo
y de su parte le dijo,
(cuando iba el Rey á tomar
la posesión, presumido,
de la viña de Nabot)
que con los mismos castigos,
morirán él y la Reina,
que al cielo le habéis pedido.
Llevad á enterrar el cuerpo.
Será, muerto, ejemplo vivo
del mal que á los Reinos viene
por una mujer regidos.

(Vanse y encúbrese el cuerpo.)

ESCENA XII

*Salen ZABULÓN, DORBÁN y LISARINA, pastores, y á lo
soldado gracioso CORTOLÍN.*

CORIOLÍN. ¿Cuidáis vosotros que es barro
ser sueldado?

ZABULÓN. ¿Que el lugar
dejas solo, y sin llorar?

CORIOLÍN. Tengo el alma de guijarro.

¿La sierra no me quintó?

¿No vo por ella á la guerra?

Pues llore por mí la sierra,
que no pienso llorar yo.

Aqueste oficio me cuadra.

LISARINA. ¿No mos verás más, de vero?

CORIOLÍN. No, hasta ser Emperadero,
ó si no cabo de escuadra.

LISARINA. ¿Cabo de qué?

DORBÁN. De cochillo.

CORIOLÍN. Eso mesmo pescudó

una vieja, que alojó

en casa á un medio caudillo.

Estaba una compañía

en la su aldea hendo gente

(y aun hurtos) y ella inocente

de manera le servía,

que decentó una tinaja

de un tinto, que con pies rojos

diz que saltaba á los ojos.

Era tahir de ventaja

en esto de alzar de codo

el tal cabo, su alojado;

y, del tinto enamorado,

le resquebraba de modo

que en el alma le metía,

pero, porque no se hallaba

bebiendo solo, brindaba

á toda la compañía.

Llevábalos á su casa

dos á dos y tres á tres;

estuvieron allí un mes:

¡andaba el brindis sin tasa!

Sospiraba cada instante

la vieja, el daño presente,

viendo la sed en creciente,

y la tinaja en menguante.

Mas ¿qué mucho que el sentido

perdiese, si aquel licor

suplia con su calor

las faltas de su marido?

Huese el huésped importuno,

tocando á marchar la caja;

que el espirar la tinaja

y ellos irse, hué todo uno.

¡Vaya con la maldición!

la viuda pobre decía.

¡Guay de vos, tinaja mía

agotada hasta el hondón!

Sin vos ¿qué ha de ser de mí?

¿quién habrá que me mantenga?

¡Que mala pascua le venga

á quien vos ha puesto asil—

Tratad al soldado bien,

(dijo uno muy presumido)

que el huésped que habéis tenido

es cabo de escuadra.—¿Quién?—

Quien sirve al Rey y trabaja,
y es cabo de escuadra.—Igual,
(respondió) dirá ese tal,
que es cabo de mi tinaja.—
Y porque no es para más,
á Dios, que me vo á romper.

LISARINA. Pues ven acá ¿sabrás ser
sueldado tú?

CORIOLÍN. Buena estás;

yo se tocar las baquetas,
comerme un horno de bollos,
hurtar gallinas y pollos,
vender un par de boletas,
echar catorce reniegos,
arrojar, treinta ¡por vidas!
acojer hembras perdidas,
sacar barato en los juegos;
y en batallas y rebatos,
cuando se toman conmigo,
se enseñarle al enemigo
las suelas de mis zapatos.

ZABULÓN. Eso es ser gallina, en suma.

CORIOLÍN. Decís, Zabulón, lo vero.

¿Por qué pensáis que el sombrero

lleva el sueldado de pruma?

¿Si, porque huyendo después

que la batalla se empieza,

volando con la cabeza

corre mejor con los pies?

Esta es de gallo, y trabajo

por darla aquí, en somo estima,

que, como el gallo va encima

y la gallina debajo.

Soy gallina en esta empresa,

que sabré cacarear,

porque al comer y al cenar

haya gallina en mi mesa.

LISARINA. Dios te vuelva á nuestros ojos.

Los dos. ¡Coriolín á Dios!

CORIOLÍN. A Dios.

LISARINA. ¡Acordáos de mí!

CORIOLÍN. ¿De vos?

Dejadme agarrar despojos;

que yo os llenaré el corral

de las gallinas que hurtare,

y si en la guerra finare... *(Llora.)*

LISARINA. ¿Lloras?

CORIOLÍN. Y cuemo en señal

de que mi alma se condena,

antes dell amanecer,

prometo de irlos á ver

en figura de alma en pena.

LISARINA. No, Coriolín, eso no;

yo os perdono la vesita.

CORIOLÍN. Quiéroos yo, que sois bonita;

de allá os pienso llevar yo

dos diablitos como un oro,

que vos barran, que vos rieguen,

que vos guisen, que vos frieguen.

LISARINA. ¡Tirte ahuera!

CORIOLÍN. ¡Ay, cómo llorol

¿Pensáis que la guerra es paja?

Embracjadme, y adiós.

LISARINA. ¡Que os me vais el zagal vos!

CORIOLÍN. A ser cabo de tinaja. *(Vanse.)*